JUAN RAMON JIMENEZ E HISPANOAMERICA: SU PRESENCIA EN LA OBRA Y EL PENSAMIENTO DEL POETA

POR

ALLEN W. PHILLIPS

University of California, Santa Bárbara

Las presentes páginas no aspiran a un tratamiento exhaustivo del ambicioso tema anunciado en el título. Me limito, pues, a unos rápidos apuntes destinados a puntualizar ciertos estrechos vínculos que unieron siempre a Juan Ramón Jiménez con Hispanoamérica (o Americohispania, término que a veces prefería el poeta) durante casi toda su vida literaria. Sin tener presentes por el momento los lejanos y necesarios antecedentes literarios que lo ligaban con las Repúblicas americanas en la época de la eclosión del modernismo peninsular, puede afirmarse sin duda alguna que los veinte años de residencia en varios países del continente americano, a partir de su salida definitiva de España en agosto de 1936, influyeron mucho en el ánimo del hombre y del escritor.

INTRODUCCIÓN: OBRAS Y CIRCUNSTANCIAS

Años atrás, en 1916, Juan Ramón había descubierto otro mundo, el norteamericano, durante los pocos meses transcurridos en los Estados Unidos con motivo del viaje de novios con Zenobia. Ya tenía en aquel entonces, por supuesto, amplios conocimientos de la poesía en lengua inglesa, pero en su viaje toma contacto directo con una nueva realidad. Sin embargo, no está de más recordar otra vez la importancia que ejercía la presencia del mar en él y en el rumbo de su obra total. Ese influjo, como suele señalar la crítica sobre Juan Ramón, se percibe inicialmente en el *Diario de un poeta recién casado* (1917), obra considerada por el escritor como su mejor libro y rebautizado después en edición posterior

con el título de *Diario de poeta y mar*¹. De ese cambio habla al conversar en Puerto Rico con Ricardo Gullón²:

... Cambié el título porque quería destacar la importancia que en su gestación tuvo la presencia del mar, el contacto con el mar. El libro está suscitado por el mar y nació con el movimiento del barco que me traía a América. En él usé por vez primera el verso libre; éste vino con el oleaje, con el no sentirme firme, bien asentado.

El libro es el descubrimiento del mar, del amor y del cielo; tengo muy dentro de mí la idea de que lo determinó el mar, y, según le digo, los problemas de él son los del cielo, amor y mar. Ortega y Basserra piensan que es un libro metafísico, y tienen razón. Unamuno me decía que la poesía debe ser siempre más ideológica que otra cosa, pero yo pienso que debe ser más bien sorprendente, más bien encantadora.

En el *Diario*, Juan Ramón, ante el mar eterno e indiferente, siente su propia pequeñez y desvalimiento. Describe su amor y su miedo, su soledad y su angustia frente al incesante e incansable oleaje del mar, experimentando en el acto contemplativo su propia ansia de eternidad y el naufragio de su propia alma. No es, sin embargo, el viaje por mar en 1916 el que más me interesa en el presente contexto, sino otro realizado después en 1948³. Juan Ramón, invitado por la directora de los *Anales de Bue-*

¹ En su carta abierta a Luis Cernuda, publicada originalmente en *El hijo pródigo*, de México, escribe Juan Ramón: «... Después de los *Sonetos [espirituales]*, yo vi claro, y lo vieron varios críticos, que mi vida poética empezaba de nuevo. Se escribió que el *Diario* era un segundo primer libro mío. La coincidencia de amor y mar grande, y América obró el prodigio. El oleaje, la comunicación de cielo y mar, la nube, les dio a mi sentimiento y a mi pensamiento libres mi verso desnudo...» *La corriente infinita (crítica y evocación)*, edición de Francisco Gaffas (Madrid, 1961), p. 174.

Otro texto explícito que debiera tenerse en cuenta: «... Era el libro [*Diario*] en que yo soñaba cuando escribía *Ninfeas*; era yo mismo en lo mismo que yo quería. Y determinó una influencia súbita y benéfica en los jóvenes españoles e hispanoamericanos, y la burla de todos los césares de España. La crítica mayor y mejor está de acuerdo en que con él comenzó una nueva vida en la poesía española... En realidad, el *Diario* es mi mejor libro. Me lo trajeron unidos el amor, el alta mar, el alto cielo, el verso libre, las Américas distintas y mi largo recorrido anterior. Es un punto de *partidas*.» «El modernismo poético en España y en Hispanoamérica», *El trabajo gustoso* (conferencias), edición de Francisco Gaffas (Madrid, 1961), pp. 231-232.

² Ricardo Gullón, *Conversaciones con Juan Ramón* (Madrid, 1958), pp. 84-85.

³ Sobre la elaboración de *Animal de fondo* y el viaje a la Argentina, véase el breve texto recogido en *Crítica paralela*, edición de Arturo del Villar (Madrid, 1975), pp. 185-186.

nos Aires, va entonces a Buenos Aires y allí pasa algunos meses. En el ambiente porteño, según su propia confesión, recobra la lengua española, algo perdida por sus varios años de residencia en Norteamérica, y, sobre todo, esa breve estancia representa un reencuentro con el mundo hispánico⁴.

Durante el viaje marítimo de ida y vuelta escribe con toda probabilidad muchos poemas, si no la mayor parte, de *Animal de fondo*, libro publicado al año siguiente (1949). La visión ha cambiado: lo que buscaba en 1916 se convierte ahora en un especial estado de gracia o vivencia mística. La armonía y plenitud espiritual tan anheladas se logran por fin, y ese libro simboliza la culminación de su llamado «avance hacia Dios». La obra, siempre discutida, representa para nosotros el término último de un largo proceso comenzado muchos años antes, y en sus poesías alcanza Juan Ramón aparentemente una especie de éxtasis trascendente muy difícil de precisar con exactitud⁵.

Importante fue para Jiménez su breve estancia en la Argentina, pero aún de mayor relieve en su biografía espiritual son los años pasados en Puerto Rico, adonde llega definitivamente en 1951, a pesar de su general estado depresivo, así como la alternancia de recaídas y convalecencias que sufre en la isla. Es aquí, en Puerto Rico, como antes en Cuba, donde el poeta contribuye de modo activo y con su mera presencia a la vida cultural y universitaria. Rebasaría los límites del presente trabajo rastrear las huellas literarias que dejó Juan Ramón en los poetas de América o hablar de él como modelo y ejemplo lírico para escritores hispanoamericanos durante el siglo xx⁶.

Tampoco es dato perdido mencionar que en tierras de América inicia hacia 1941 la elaboración de un gran poema largo, «Espacio», del cual se publicaron fragmentos en vida del poeta y también la versión definitiva en prosa de tan notable obra (1954). En un momento dado tiende a rechazar Juan Ramón como forma el poema extenso⁷, y luego en el

⁴ Con respecto a esas circunstancias del *deslenguado* Juan Ramón, véanse los textos agrupados bajo el rótulo de «Sino de vida y muerte (Mi español perdido ¡qué extraño!)», *El andarín de su órbita*, edición de Francisco Garfias (Madrid, 1974), pp. 126-139.

⁵ Sobre la segunda etapa poética de Juan Ramón Jiménez, son de imprescindible consulta las esclarecedoras páginas de Antonio Sánchez Barbudo, *La segunda época de Juan Ramón Jiménez (1916-1953)*, Madrid, 1962.

⁶ Acerca de los años transcurridos en Puerto Rico hay una amplísima bibliografía. Especialmente recomendables son dos libros de Ricardo Gullón: el ya citado *Conversaciones con Juan Ramón* y *El último Juan Ramón* (Madrid, 1968).

⁷ Después de haberse referido a su poema «Espacio» [«A Luis Cernuda», *La corriente infinita*], escribe el poeta: «Leo muy pocos poemas largos. Un poema

prólogo a «Espacio» rectifica ese juicio. Para Guillermo de Torre, en esa composición supera lo fragmentario para conseguir con vuelo seguro lo orgánico; el mismo crítico afirma sin ambages⁸:

En cierto modo, por su espíritu y contenido, *Espacio* puede ser considerado también como una *summa* y balance de toda su vida y su obra poéticas. Resumen y culminación de su fase que —*grosso modo*— llamaríamos 'humana', así como la de su fase 'religiosa' podría estar en *Animal de fondo*.

Así es que en América, lejos de España, el genio poético de Juan Ramón Jiménez florece, y con algunas de sus realizaciones más perdurables culmina en una nueva plenitud. Hispanoamérica no ha dejado de tener su papel en la inspiración fundamental del poeta. Además, ahora mantiene una nueva vida mucho más abierta y pública que la de antes, cuando vivía prácticamente aislado en su piso de Madrid. Por lo demás, dedica mucho más tiempo a la prosa, y de modo especial a la crítica literaria, así como a su obra de memorialista de la época⁹. Por ejemplo, aunque muchos de los textos habían sido ya publicados en España, sale en Buenos Aires la primera edición (incompleta) de *Españoles de tres mundos* (1942). Ahora escribe también, en parte estimulada sin duda por las nuevas tareas docentes, la mayor parte de sus iluminativas conferencias y otros textos críticos recogidos posteriormente en libros: *El trabajo gustoso* (1961) y *La corriente infinita* (1961).

ALGUNOS TESTIMONIOS SOBRE AMÉRICA Y EL EXILIO

Ya hemos visto cómo la obra de Juan Ramón Jiménez registra sensibles cambios de rumbo durante los últimos años de su vida, tomando una dirección cada vez más trascendente, en parte sin duda por las nuevas experiencias de mar y de América. Puesto que nuestro propósito es

largo no es más eternidad que uno corto, es más tiempo nada más. Yo soy un ansioso de la eternidad y la concibo como presente, es decir, como instante. El hombre es el que ha dividido la eternidad en tiempo... Lo importante en poesía, para mí, es la calidad de eternidad que pueda un poema dejar en el que lo lee sin idea de tiempo, calidad concentrada que le será al gustoso como un inacabable diamante ideal, breve, hecho con un aura inmensa...» (pp. 177-178).

⁸ Guillermo de Torre, «Etapas de Juan Ramón», *El fiel de la balanza* (Madrid, 1961), pp. 104-105.

⁹ En un trabajo todavía inédito, próximo a aparecer en el número de homenaje dedicado a Juan Ramón Jiménez por *Studies in Twentieth Century Literature*, estudio justamente este aspecto desatendido de la obra del poeta.

ofrecer algunas puntualizaciones concretas sobre el poeta e Hispanoamérica, el indispensable punto de partida es su conocida y a menudo citada carta a Enrique Díez-Canedo (1943), en la cual manifiesta ¹⁰:

Desde estas Américas, empecé a verme, a ver lo demás, y a los demás, en los días de España; desde fuera y lejos, en el mismo tiempo y el mismo espacio. Se produjo en mí un cambio profundo, algo parecido al que tuve cuando vine en 1916. Más que nunca necesitaba la expresión sencilla, en la que creo haber escrito lo menos deleznable de mi obra, que tantas veces se me ha complicado con ese vicio barroco que es la locura última de toda la literatura española, como el purismo es la tontería final de toda la francesa...

En la Florida empecé a escribir otra vez en verso. Antes, por Puerto Rico y Cuba, había escrito casi exclusivamente crítica y conferencias. Una madrugada, me encontré escribiendo unos romances y unas canciones que eran un retorno a mi primera juventud, una inocencia última, un final lógico de mi última escritura sucesiva en España...

Un texto tan explícito no necesita de comentario alguno. Basta decir que el poeta tiene plena conciencia de un profundo cambio en su modo de ver las cosas y en el acto poético. Desnudez, sí, y barroquismo también, pero sin grave conflicto. Como se ve en la misma carta, se somete a examen de conciencia, continúa incesantemente la depuración de la obra y proyecta una nueva organización de ella en varios volúmenes. Por otra parte, en su admirable retrato de José Martí nos habla Juan Ramón de su método de trabajo en las caricaturas líricas reunidas en *Espanoles de tres mundos*, escribiendo del maestro y su patria palabras efusivas ¹¹:

¹⁰ Enrique Díez-Canedo, *Juan Ramón Jiménez en su obra* (México, 1944), pp. 138-139.

Merecen citarse las siguientes palabras del texto «Estado poético cubano», prólogo al libro *La poesía cubana en 1936 [Estética y ética estética]*, edición de Francisco Garfias (Madrid, 1967), pp. 138-148]: «... Vicio y modo que aquí llegaron a través de España, después del primer modernismo, es decir, en el segundo, tercero, quinto modernismo, fracasaron aquí naturalmente más que en España, porque aquí no hacía falta ninguna un modernismo siendo todo tan nuevo, ya que lo viejo no lo era propiamente... ¡Qué bien veo desde Cuba los errores poéticos de la poesía europea y española de estos últimos años, nuestros, mis errores! Y me confirmo en la sencillez, la nitidez, la dimensión propias que siempre fueron mi mejor línea» (p. 146).

¹¹ Juan Ramón Jiménez, *Espanoles de tres mundos*, edición de Ricardo Gullón (Madrid, 1969), p. 93. Al mismo texto Juan Ramón incorpora un fragmento personal sobre su propia evolución poética y otros escritores americanos. El pasaje,

Hasta Cuba, no me había dado cuenta exacta de José Martí. El campo, el fondo. Hombre sin fondo suyo o nuestro, pero con él en él, no es hombre real. Yo quiero siempre los fondos de hombre o cosa. El fondo me trae la cosa o el hombre en su ser y estar verdaderos. Si no tengo el fondo, hago el hombre transparente, la cosa transparente.

Y por esta Cuba, verde, azul y gris, de sol, agua o ciclón, palmera en soledad abierta o en apretado oasis, arena clara, pobres pinillos, llano, viento, manigua, valle, colina, brisa, bahía o monte, tan llenos todos del Martí sucesivo, he encontrado al Martí de los libros suyos y de los libros sobre él...

Hasta los viejos amigos que conocieron al poeta de carácter tan áspero durante sus largos años de residencia en Madrid se dieron cuenta de que había llegado a América otro Juan Ramón, uno mucho más afable y asequible. Tenemos, por ejemplo, el testimonio fidedigno de Guillermo de Torre, que lo veía con cierta frecuencia durante su visita a la Argentina en 1948. Lo encontró mucho más cordial y tolerante, menos hostil¹²:

... Abierto, luminoso, benévolo, sin sombra de maledicciones ni desdenes...

Su temple bienhumorado se acentúa en los días siguientes. Dotado de poderosas, finas artes de seducción (no menores que las del desdén), ejerciendo su cortesía de gran señor antiguo, es visible (al menos para mí, que le confronto con viejas imágenes madrileñas) que desea agradar y lo consigue plenamente. Establece así un fluido de simpatía con todos, especialmente todas, las que se le acercan, ¡y son tantos!...

Por todo ello, en vez de rehuir a la gente, según hacía en Madrid, yo diría que las busca. Acude a todas partes donde le invitan, prodiga generosidades y estimula a los poetas jóvenes. Hace —y oculta señorialmente— algunos actos de caridad...

aunque extenso, merece señalarse: «... Casal nunca fue de mi gusto. Si Darío era muy francés, de lo decadente, como Casal, el profundo acento indio, español, elemental, de su mejor poesía, tan rica y gallarda, me fascinaba. Yo he sentido y expresado, quizás, un preciosismo interior, visión acaso esquisita y tal vez difícil de un proceso psicológico, 'paisaje del corazón', o metafísico, 'paisaje del cerebro'; pero nunca me conquistaron las princesas esóticas, los griegos y romanos de medallón, las japonerías 'caprichosas' ni los hidalgos 'edad de oro'. El modernismo, para mí, era novedad diferente, era libertad interior. No, Martí fue otra cosa, y Martí estaba, por esa 'otra cosa', muy cerca de mí. Y, cómo dudarlo, Martí era tan moderno como los otros modernistas hispanoamericanos» (p. 95).

¹² Guillermo de Torre, «Juan Ramón Jiménez y América», *op. cit.*, pp. 116-118.

También Sánchez Barbudo se refiere a un aparente cambio en el carácter del poeta (*op. cit.*, pp. 114-118) y, dentro del contexto, cita la carta de Juan Ramón dirigida a los asistentes al acto inaugural de la Biblioteca J. R. J. en Moguer, reproducida por Francisco Garfias [*Juan Ramón Jiménez* (Madrid, 1958), pp. 144-147] como prueba convincente de la nueva modestia y amabilidad del escritor.

Estrictamente dentro del ámbito literario quisiera destacar en este apartado otros conceptos pertinentes que estimo fundamentales para la exposición del pensamiento poético e ideológico de Juan Ramón Jiménez. En su prólogo al libro *La poesía cubana de 1936*¹³ afirma que la poesía hispanoamericana debiera tener una voz nueva y auténtica, así como alcanzar un acento propio y original. Parece creer también en lo que pudiera llamarse un panamericanismo poético cuando escribe:

Un continente tiene un alma unida. (Estoy fuera del campo político; dentro, creo en las dos, en las tres Américas.) ... ¿Y quién duda que las almas distintas de un continente son, por encima o debajo de otras ideas, trozos del alma jeneral de ese continente y forman un ser común? La poesía cubana debe ser plenamente americana y estar fundida con la de toda América, española e inglesa, como la de España ha sido y es plenamente europea y está fundida con la de toda Europa. América no debe 'copiar' nada de Europa, ni Europa de América. Eso lo vi claro, esta vez más que nunca, en el mar Atlántico, con Venus, una tarde estrañamente viva, dividiendo, ¿todavía?, en viejo y nuevo el mundo (p. 144).

Ideales comunes y universalidad, sí, pero por encima de todo la voz nueva y auténtica, que *es*, naturalmente, capaz de expresar con frescura el hecho de América. También Juan Ramón confiesa que desde América ve la poesía contemporánea española con una perspectiva muy particular, y se pregunta si ha habido siempre una relación entre la lírica peninsular y la americana¹⁴:

Estoy en las Antillas, paraíso indudable, por mucho que se diga..., poesía concreta del paraíso abstracto. Y desde ellas, América, estoy considerando la poesía española contemporánea en visión neta, particular. Mi pensamiento y mi sentimiento van y vienen de América a España, de España a América, siempre en lengua mental española. La poesía española contemporánea y la hispanoamericana, tan rica, diversa, aspiradora, con tan bellos ejemplos en estas islas, se me confunden más aquí que antes en España. ¿Ha existido una relación estrecha y seguida entre las dos? ¿Sin duda? Bécquer, para volver tercera vez a mi comienzo de hoy, había ya influido mucho en esta romántica América española. Y si Darío, el poderoso Rubén Darío, tras sus contemporáneos, maestros, discípulos y amigos, ... escitan luego a España con sus voces, ellos fueron escitados por muchas voces españolas antiguas y modernas, en trueque familiar. Este proceso y sus derivaciones se

¹³ «Estado poético cubano», *op. cit.*, pp. 139-148.

¹⁴ «Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea», *ibid.*, pp. 151-169.

han visto después con toda claridad. Los poetas siguientes a Darío y Unamuno en España y América, también se intercambian, y de un modo particularmente estenso y profundo...

No prolongo más la transcripción, ya muy extensa. En lo que sigue, Juan Ramón se refiere a los poetas más recientes, a varios de la generación de 1927, a los huidobristas (Larrea y Gerardo Diego), Huidobro pasado y Pablo Neruda más actual, en perpetuo intercambio fluctuante entre América y España.

UN LIGERO PARÉNTESIS: OTRA VEZ JUAN RAMÓN Y NERUDA

En un ejemplar ensayo calificado modestamente de crónica, Ricardo Gullón ha estudiado ya con minuciosidad, apoyándose en precisa documentación, las relaciones entre los dos poetas, tan distintos entre sí, aunque en cierto modo unidos por la misma firme vocación poética¹⁵. En virtud del citado artículo, no tengo que referirme sino de pasada a la abierta hostilidad y antagonismo que existían entre ambos escritores a partir de la crisis de 1935, año de la publicación en España de la segunda edición de *Residencia en la tierra*, hasta las modificaciones introducidas en sus juicios despectivos años después por Juan Ramón desde el destierro en América.

Sin embargo, no puede ser eludido por completo el tema por lo que tiene que ver con la actitud del poeta español ante la realidad americana recién conocida. Pido la indulgencia del lector por cierta repetición que no puedo evitar dadas las circunstancias. En una importante carta (enero de 1942) dirigida a Neruda admite Juan Ramón, desde otra perspectiva, un nuevo y distinto concepto del continente. Es necesario, dentro del presente contexto, citar la parte más sustanciosa de ese texto epistolar¹⁶:

Mi larga estancia actual en las Américas me ha hecho ver de otro modo muchas cosas de América y de España..., entre ellas la poesía de usted. Es evidente ahora para mí que usted espresa con tanto esuberante una poesía hispanoamericana jeneral auténtica, con toda la revolución natural y la metamorfosis de vida y muerte de este continente. Yo deploro que tal grado poético de una parte considerable

¹⁵ Ricardo Gullón, «Relaciones Pablo Neruda-Juan Ramón Jiménez», *Hispanic Review* (vol. 39, núm. 2, abril de 1971), pp. 141-166.

¹⁶ Esta carta se publicó originalmente en *Repertorio americano*, XXIII (número 929, enero de 1942), p. 12. Yo cito según *Selección de cartas (1899-1958)*, edición de Francisco Garfias (Barcelona, 1973), pp. 134-135.

de Hispanoamérica sea así; no lo sé sentir, como usted, según ha dicho, no sabe sentir Europa; pero «es». Y el amontonamiento caótico es anterior al necesario espejo definitivo, lo prehistórico a lo poshistórico, la sombra turbulenta y cerrada a la abierta luz mejor. Usted es anterior, prehistórico y turbulento, cerrado y sombrío. Para mí, España era antes mi derecho y América mi revés. Siempre que llegaba a la mitad del Atlántico, se me dividía ese cambio. No diré que ahora América sea mi derecho y España mi revés, sino que son dos reverses o dos derechos completamente distintos que antes y diferentes entre sí...

Suavizados sus severos juicios expresados en el retrato de Neruda (*Espanoles de tres mundos*, ed. cit., pp. 181-183), Jiménez reconoce con justicia lo que antes desde Madrid no podía o no quería entender del mundo poético del chileno. No es que sienta, afirma, la poesía de Neruda; pero ahora, radicado en otra tierra (que recuerde el lector lo dicho de Martí), se da cuenta de que, con pleno derecho, Neruda poetiza el nativo caos lírico y elemental. Hay, pues, una etapa o un estado en América, posiblemente anterior o prehistórico y telúrico, que difiere de lo europeo. Es verdad que Juan Ramón no niega todas las reservas antes expresadas, pero la actitud es infinitamente más positiva hacia Neruda. Sería demasiado pedir al poeta español que abandonara una poética, dirigida a las minorías y basada en la pureza, en su totalidad, por tanto, diferente de la postura de Neruda, quien cultiva al dirigirse a las muchedumbres las pasiones desenfrenadas y la turbulencia.

Como bien se sabe, el asunto no termina allí, y Neruda no ignora la rectificación y suficiencia del poeta español¹⁷. El mismo año de la aparente reconciliación de los dos poetas, José Revueltas publicó su artículo «América sombría» (*Repertorio americano*, XXXIX, núm. 9, mayo de 1942, pp. 140-141), en el cual reprochó a Juan Ramón su falta de comprensión de América e insensibilidad ante el mundo hispanoamericano. Desde luego, el texto de Revueltas, quien se queja de la superficialidad de extranjeros que emiten sobre América juicios que la deforman, merece una notable respuesta del escritor exiliado con el título de «¿América sombría?»¹⁸.

Detengámonos unos momentos en la carta abierta de Juan Ramón, puesto que apenas lo hace Gullón, porque haberse demorado en ella lo habría desviado de su tema principal. Es un texto rico en juicios atina-

¹⁷ Ricardo Gullón, artículo citado, pp. 155-157.

¹⁸ Apareció esa respuesta originalmente en *Repertorio americano* (núm. 966, 14 de agosto de 1943), pp. 209-212. Yo cito según *La corriente infinita*, pp. 189-198.

dos sobre la crítica, Rubén Darío y Pablo Neruda (en parte, el asunto que le mueve directamente al escritor mexicano a escribir su réplica de 1942), sus propios criterios artísticos y de modo especial el auténtico indigenismo americano. El tono de la respuesta es cortés en extremo; no tiene nada de agresivo, y agradece al novelista mexicano su sinceridad y honrada crítica al exponer con seriedad un problema vital de América¹⁹. De sus propios sentimientos manifiesta Juan Ramón:

Yo, andaluz universal siempre, quiero a la América de habla española (no sé cómo nombrarla en definitiva: ¿Latinoamérica, Iberoamérica, Hispanoamérica? Para no molestar ninguna opinión, ya que los americanos a quienes he consultado piensan de modo diferente). La quise desde niño con nostalgia innata, con inmanencia poética, y me parece que la quiero más cada día con la posesión, en mi dominio mayor, de lo que comprendo de ella... Ni yo he sido nunca un escritor rápaz del arca de América, como tantos. Los americanos que me han invitado jenerosamente, en distintas ocasiones y circunstancias, a «jiras poéticas», pueden dar fe de ello (pp. 190-191).

Y en apoyo de su actitud humana recomienda que Revueltas lea su texto ya mencionado sobre Martí, añadiendo: «Espero que no siga usted ya uniéndome en alabarda y cruz a los conquistadores» (p. 191).

En su afán de comprenderlo todo, plantea Jiménez el problema fundamental del indigenismo (pp. 191-192), que tanto le preocupaba en sus meditaciones sobre Hispanoamérica, y afirma al responder a Revueltas que el de Neruda es uno «aprendido en una experiencia internacional viajera» (p. 192), punto de vista seguramente no aceptable para muchos partidarios del chileno. Rechaza Jiménez, desde luego, «... el indigenismo artificial americano que hoy lo invade todo por aquí; como no creo que el jitanismo español de García Lorca sea expresión esencial española popular» (*Ibíd.*). Ahora bien: Juan Ramón explica su actitud ante la

¹⁹ Me aprovecho de la ocasión para citar la parte final del artículo de Revueltas: «Queremos que España —la España amiga, fraternal, hermana— entienda el porqué —lo decimos con la palabra dura pero verdadera— de nuestro resentimiento. ¿Qué somos, en fin de cuentas? ¿Qué es América? No somos Hispanoamérica, ni América española, afortunada o desgraciadamente. Nunca hemos sido América española. Afortunadamente, sí, porque ni española, ni indígena, ni portuguesa. Todo ello junto, quizás. Porque América es unos pasos, es una voz, es un viento, que quiere expresarse, tocando cosas universales, dolores antiguos que la civilización terrible e inhumana ha olvidado, y es preciso recordarle siempre al hombre, para que vuelva los ojos hacia su abismo y encuentre la purificación, las lágrimas, el sollozo sin sofismas, sin tradición, primero, de cuando el hombre era polvo con luz y en polvo se convertiría» (p. 141).

poesía de Neruda en los siguientes términos, en gran parte fundados en su propia ideología y concepto del hombre:

Si yo no acepto del todo esa grasa amorfa elefantiásica de la escritura de Pablo Neruda y deploro en muchas ocasiones sus regodeos y complacencias vitales o estéticas, es porque pienso que el hombre, indio, mestizo, español, lo que sea, debe salvarse del caos de que viene y en que viene cuando nace... Esta libertad es la gloria del hombre de cualquier raza y país de este planeta. Estar el hombre dentro de lo caótico, vivir en el fondo del mar y del aire atmosférico, preso por sus propios pulmones y su propio corazón, no quiere decir que no pueda escaparse... (p. 193).

La salvación, según Jiménez, puede lograrse por la inteligencia crítica, pero a la vez sensitiva (*Ibid.*), y no acepta en Neruda, como es de esperarse, la desorganización y la falta de palabra exacta (p. 194). Tras unas atinadas apreciaciones relativas a Darío, vuelve al tema del orden y de la disciplina mental: «Ordenar no es terminar, es empezar. La libertad de ordenar es libertar y libertarnos, salvar y salvarnos...» (p. 197). Finaliza su contestación a José Revueltas con dos interrogaciones sobre el indígena que merecen citarse aquí²⁰:

... ¿Y por qué un indígena no puede salvar y salvarse, libertar y libertarse; no puede ser completo y consciente, salirse del pantano y de la sombra? ¿O es que queremos al indio como un espectáculo detenido, estancado en su mal momento, el indio sufrido sólo por él y gozado sólo por los otros, por nosotros? (pp. 197-198).

²⁰ Para completar el pensamiento indigenista de Juan Ramón, véase el breve escrito «Indigenismo» [*El trabajo gustoso*, pp. 199-205], en el cual insiste en la continuidad y la tradición no interrumpida por la llegada de los españoles. Transcribo del texto en cuestión unas frases pertinentes: «Yo creo que el escritor américo-hispano debe contribuir naturalmente y por convencimiento a lo que ya han iniciado algunos para este retorno a lo indígena profundamente sentido... El américo-hispano tiene lo popular propio, porque lo tenía ya en su civilización primera, y ese convencimiento tiene que entrar fatalmente en su vida actual y modificar en lo sucesivo su expresión literaria o no literaria. Un américo-hispano sin esa expresión particular no me ha parecido nunca indígena, y más desde que estoy viviendo, conviviendo con él. En la exaltación de lo indígena no interrumpido por lo español está la salvación de la expresión poética américo-hispana, mezclando lo necesario de las diferentes asimilaciones actuales...» (p. 204).

EL MODERNISMO

A propósito he dejado para el final del presente trabajo el tema del modernismo. El hacerlo así implica una inversión temporal, porque los antecedentes literarios de Juan Ramón le vincularon desde una fecha muy temprana con la época de la eclosión del movimiento americano. En los primeros años del siglo tal vez no hubo entre los españoles ningún espíritu tan abierto a las novedades importadas, en gran parte gracias a los estrechos contactos que su entonces amigo Villaespesa mantenía con los escritores hispanoamericanos. Los escritos de Juan Ramón sobre aquella época, especialmente el «Recuerdo al primer Villaespesa», son explícitos. En ellos habla de sus primeras lecturas de Darío y de los iniciadores del modernismo americano; cuenta cómo Villaespesa devoraba prosa y verso de los nuevos escritores; cita los títulos claves del modernismo, libros que sólo poseía su amigo, quien le regaló además, antes de marcharse de Madrid, revistas hispanoamericanas, mediante las cuales él tomaba contacto directo con la obra del grupo joven y reformador. Juan Ramón, a su vez, se carteaba con Manuel Díaz Rodríguez (le había comentado en *El cojo ilustrado* las *Rimas* del poeta andaluz), con José Enrique Rodó, que figura también en la galería de simpáticos retratos de *Españoles de tres mundos*, y seguramente con otros muchos escritores hispanoamericanos. Nada empañó sus íntimas relaciones amistosas con figuras excepcionales como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Picón Salas, Eugenio Florit y media docena más de igual categoría. Pero desde un primer momento, siempre Darío y otra vez Darío en cartas y en crónicas, una sincera amistad que alcanza un punto alto en el bello texto de *Españoles de tres mundos* (edición citada, pp. 101-104), del cual transcribo un fragmento admirable:

Mucho mar hay en Rubén Darío, mar pagano. No mar metafísico, ni mar, en él, psicológico. Mar elemental, mar de permanentes horizontes históricos, mar de ilustres islas. Su misma técnica era marina. Modelaba el verso con plástica de ola: hombro, pecho, cadera de ola; muslo, vientre de ola; le daba empuje, plenitud pleamarinos, altos, llenos de hervoroso empumeo lento de carne contra agua. Sus iris, sus arpas, sus estrellas eran marinos. Todos sus mares, Atlánticos, Pacíficos, Mediterráneos, eran uno: mar de Citeres... (pp. 102-103).

Sería impertinente a estas alturas hablar de la presencia de Darío en Europa, así como del fervor y veneración con que lo trataba el joven poeta español, una devoción a que se mantuvo fiel durante toda su vida.

El poeta nicaragüense, en suma, ocupaba para Juan Ramón en la constelación de los más altos valores poéticos de la lengua, junto con San Juan de la Cruz, Bécquer, Machado y Unamuno, un sitio muy especial.

No hay ningún tema de mayor importancia en las reflexiones críticas de Juan Ramón que éste del modernismo. Siempre permanece fiel a lo que llama en una ocasión, frente a los exotismos, su libertad interior; considera el modernismo un segundo renacimiento, y el siglo xx es por excelencia el siglo modernista. El papel del poeta dentro del movimiento tiene dos caras complementarias: primero, la del militante y activo colaborador; segundo, la otra, posterior, de historiador de todo el proceso evolutivo de la reforma artística, encabezada por Darío en ambos lados del Atlántico. Ninguna voz quizá más autorizada, pues, para hablar de esa época que la de Jiménez, cuyo aporte de memorialista e historiador, amén de varios fragmentos sueltos (inclusivo su célebre definición del modernismo como época y como actitud general), alcanza su más alto valor crítico en textos como el mencionado recuerdo a Villaspesa, el hermoso retrato lírico de Valle-Inclán, el breve ensayo «El modernismo poético en España y en Hispanoamérica» y, por último, el libro que incorpora las notas del curso dictado en la Universidad de Puerto Rico en 1953 y publicado después (1962) con prólogo de Ricardo Gullón.

Sin embargo, quisiera referirme brevemente a una de las más tempranas manifestaciones de su activo interés crítico por todo lo americano. Se trata de la reseña, luego convertida en prólogo, que escribe en 1899 sobre *La copa del rey Thulé* (1900) de Villaspesa²¹. Advertida la marcha rutinaria de la literatura peninsular y la continuación de todo lo convencional («cual una vieja caravana caminando con tardo paso por un desierto estéril, monótono», p. 208), exclama el joven autor:

... En cambio, allá, tras de los mares, nuestros hermanos de América aprestábanse a la liza con armaduras nuevas, lanzas nacientes y empuje juvenil. Un admirable jenio, Gutiérrez Nájera, fue el apóstol que predijo la aparición de la Fuerza; tras él llegaron los poetas; Rubén Darío cantó en *Azul...*, su triunfo al compás del ritmo de una frase nueva, frase de diamante... (*Ibid.*).

Son curiosas las palabras referidas a Gutiérrez Nájera; falta mención de José Martí, cuya obra tanto apreciaba en época posterior, pero tras escueta referencia a otros poetas vivos de la segunda generación modernista, escribe: «No podría pasar adelante sin derramar una lágrima y una

²¹ El texto en cuestión ha sido reproducido varias veces. Cito según *Libros de prosa: 1*, edición de Francisco Garfias (Madrid, 1969), pp. 207-213.

flor en la tumba del trágico Silva, el pálido poeta del *Nocturno...*» (209)²².

En efecto, a menudo alude en términos de alto elogio, tanto en sus prosas como en las conversaciones sostenidas con Juan Guerrero Ruiz y Ricardo Gullón, a los poetas y prosistas del modernismo americano. Incluye entre ellos, por supuesto, a Martí y Casal. Con este último suele ser injusto, clasificándolo siempre entre los modernistas que él llama *exotistas* (Martí, por el contrario, se inserta entre los *naturales*), pero a los más becquerianos los estima mucho²³. También figura en *Españoles de tres mundos* (edición citada, pp. 113-115) una caricatura de Silva, que produjo cierto revuelo cuando se publicó por primera vez en la revista *Sur* (1941). En ella exalta al autor del «Nocturno», pero también escribe:

... quemaría el resto de su decadente vida y su escritura confusa: interiores de sedalina, tertulias tontas, encuadernaciones de París, alardes de casino, lacas aproximadas; todo ese dandismo provinciano, vacuo y ridículo que el pobre José Asunción se puso, como el pobre Julián del Casal, alrededor de su espíritu verdadero para asustar o mortificar a los colombianos corrientes, más o menos sensitivos o tolerantes, de una indiferente Bogotá sin culpa (p. 113).

PALABRAS FINALES

En las páginas anteriores he dado una idea, si no completa al menos sustanciosa, del papel que siempre desempeñaba Hispanoamérica en la ideología y las preferencias estéticas del escritor andaluz. No cabe duda de que la poesía americana y el fermento artístico de finales del siglo tuvo un marcado impacto beneficioso sobre la orientación general del joven Juan Ramón Jiménez. Primera vía de penetración: Darío, sus maestros y sus discípulos. Años después, un prolongado contacto con la realidad hispanoamericana no dejó de contribuir a una nueva perspectiva que le permitió ver muchas cosas de modo diferente. Me interesa

²² Hay otros textos de la misma época que dan fe de sus conocimientos tempranos de las letras americanas. Véase, por ejemplo, su nota sobre «Un libro de Amado Nervo» [*El éxodo y las flores del camino*] publicada originalmente en *Helios* (VIII, noviembre de 1903). Aunque exista, a mi modo de ver, una clara afinidad entre el primer Juan Ramón y la obra de Nervo, su admiración por el poeta mexicano aminora con el transcurrir del tiempo. Y otro tanto puede decirse de la estima en que tenía a Gutiérrez Nájera.

²³ Sobre los dos poetas cubanos de la primera generación modernista, véase el texto del retrato de José Martí citado en la nota 11 del presente ensayo.

señalar aquí que en el admirable retrato de Reyes, publicado en *Españoles de tres mundos* (ed. cit., pp. 149-150), Juan Ramón no sólo ve en ese hombre a todas luces superior «una cabeza entera», sino que también destaca en su amigo las muchas personalidades fundidas en una síntesis armoniosa:

... Caminos indígenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal (p. 150).

He aquí una meta ideal bellamente expresada por Juan Ramón, una meta pocas veces alcanzada a no ser por personas excepcionales de la calidad de Alfonso Reyes, simbiosis de lo mejor del mundo hispánico total.

Como complemento y corolario, quisiera terminar los presentes apuntes con otras dos transcripciones textuales: una de índole crítica y la otra más bien afectiva. Me parece que ambas demuestran dos ángulos que caracterizan la intensa visión de América propia de Juan Ramón Jiménez. Al final de su ensayo sobre el modernismo²⁴, termina sus reflexiones acerca de los contagios poéticos entre España e Hispanoamérica, citados los casos de mayor influencia (Darío, J. R. J., Neruda y García Lorca), con dos preguntas altamente sugestivas:

¿Quién será, poetas y críticos, el poeta que llene lo que queda de siglo, como algunos de los cuatro citados llenaron lo que va, de una equivalente invasión temporal? ¿Quién será el que levante y pase una nueva antorcha, y, sobre todo, el que determine una poesía de verdad mayor?

Merece la pena copiar también la respuesta sobre ese poeta del futuro que ofrece Juan Ramón, fijándonos también en los adjetivos acertados que utiliza en la caracterización de cada poeta nombrado:

... Para mí será un poeta libre, aislado, claro, de forma personal como la de los cuatro influyentes mayores; de realismo mágico, pero trascendente; más sensual que Unamuno; más interior que Darío; más jeneral que Antonio Machado; menos socorrido que Lugones; más optimista que J. R. J., más sencillo que Gabriela Mistral; menos premioso que Guillén; más completo que García Lorca; más sano que Neruda; más unido que Alberti... (p. 235).

²⁴ «El modernismo poético en España y en Hispanoamérica», *El trabajo gustoso*, pp. 218-235.

Todos nos acordamos que Juan Ramón llama a Puerto Rico «isla de la simpatía». De ese texto extraigo unos renglones sinceros y afectuosos que confirman su verdadero amor a las Américas y su paisaje²⁵:

EL MAR SIEMPRE

Y antes y después y siempre, el mar; este mar que describe mejor que nada ni nadie el silencio atónito del que lo mira; que él es a un tiempo mismo creado y creador, objeto, sujeto y testigo, y que para el que no lo haya mirado y remirado, no hay descripción ninguna que lo iguale... (p. 7).

¡QUE PLASTICA Y QUE QUIMICA!

En estos fastuosos crepúsculos nocturnos puertorriqueños, con tales colores que volverían locos a los pintores barrocos italianos y me vuelven loco a mí cada anochecer, es fácil imaginar cualquier cosa.

Arriba, alrededor, enfrente, el cielo de imposible descripción coloreada por su volubilidad oriental y occidental; abajo, cerca, los arbustos de verde oscuro, recortados como en Botticelli. Y entre ellos y bajo ellos, estas jentes de cuño extraordinario y de una variedad y una originalidad tales que parecen vivero de humana animalidad bella (p. 9).

²⁵ Juan Ramón Jiménez, «Isla de la simpatía (Prólogo muy particular)», *Asonante* (enero-marzo 1953), pp. 5-14.